

# EL «CASTILLO VIEJO» DE VALERO (SALAMANCA): ANÁLISIS DE SUS CARACTERÍSTICAS Y DE SU CRONOLOGÍA\*

M. Santonja, J. Cerrillo, J.F. Fabián,  
A. F. Moyano y M. G.<sup>a</sup> Morales

## Localización y antecedentes bibliográficos

En plena sierra de las Quilamas, macizo montañoso del sur de la provincia de Salamanca, dentro del término municipal de Valero (Fig. 1) se encuentra el recinto murado conocido en la zona por «El Castillo» o «Castillo Viejo», mencionado en la literatura arqueológica repetidas veces en los últimos decenios.

Se ocupó de él inicialmente César Morán, quien llegó a valorarle como «una fortaleza prehistórica de la Edad del Bronce, que atravesó la Edad del Hierro, vio el paso de los ejércitos romanos y que pudo servir de refugio al último rey de los godos»<sup>1</sup>, haciéndose eco, en cuanto a esta última apreciación, de la hipotética batalla de Segoyuela de los Cornejos entre D. Rodrigo y Muza, que se hubiera librado al pie de estas montañas<sup>2</sup>.

Los comentarios de Morán se recogieron en diversos trabajos y síntesis posteriores. A ellos remite Maluquer en el primer inventario sistemático de la arqueología salmantina<sup>3</sup>, fuente a su vez de otras referencias que no es preciso mencionar puesto que se limitan a consignar los escasos datos conocidos. No se

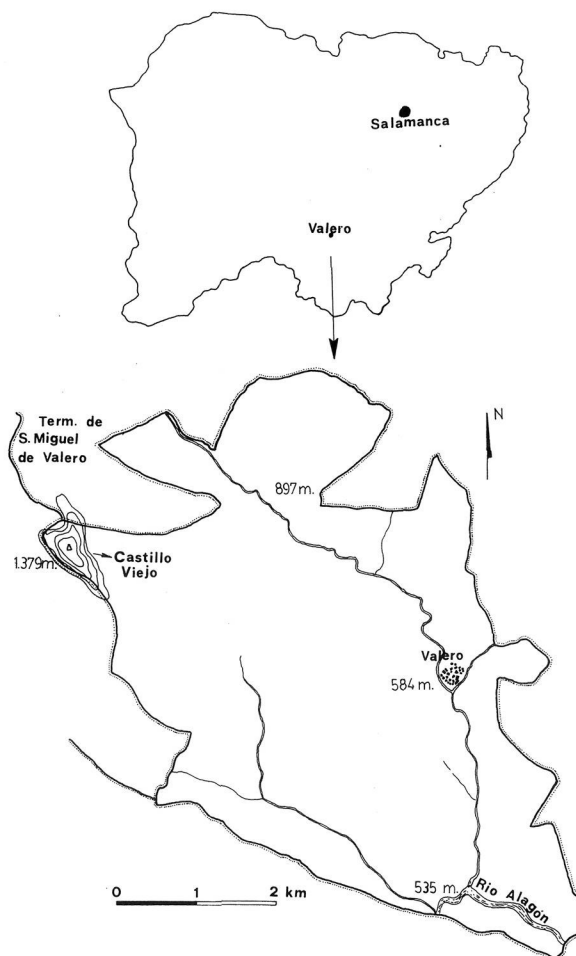


Figura 1. Localización de «El Castillo Viejo»

<sup>1</sup> MORÁN, C. «Reseña histórico artística de la provincia de Salamanca». Acta Salmanticensis I, vol. II. Valladolid, 1946. pp. 47 a 52.

<sup>2</sup> SAAVEDRA, E. «Estudio sobre la invasión de los árabes en España». Madrid, 1892. SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. «Dónde y cuando murió D. Rodrigo, último rey de los godos». Cuadernos de Historia de España, II. Buenos Aires, 1945. pp. 5-105.

<sup>3</sup> MALUQUER DE MOTES, J. «Carta arqueológica de España. Salamanca». Salamanca, 1956. p. 118.

\* Este trabajo ha sido realizado en el Museo de Salamanca, dentro de una revisión general de los yacimientos arqueológicos de la provincia, subvencionada por la Subdirección General de Arqueología y la Diputación Provincial. Agradecemos la colaboración que durante el trabajo de campo nos prestaron Concepción Dávila, M.<sup>a</sup> José Frades, Carmen G.<sup>a</sup> Bernal, Jaime Manera, Manuel Marín y Marta S. Marcos.

encuentran nuevas aportaciones hasta el artículo monográfico de SPINDLER<sup>4</sup>, donde aparece una descripción detenida del emplazamiento y de la muralla, publicándose por primera vez un croquis de su planta, aunque poco fiel a la realidad.

Spindler insistió en caracterizar la cerca del «Castillo Viejo» por un particular sistema constructivo a base de lajas hincadas a intervalos de algunos metros, con un relleno entre ellas de bloques asentados en seco (Lám. I), pero cuya entidad, como más adelante exponemos, es muy limitada. Los paralelos que rastrea Spindler por todo el ámbito mediterráneo y Centro Europa para este sistema, le conducen a atribuir el pretendido castro de Valero a la segunda Edad del Hierro, dentro de un campo de influencias fundamentalmente del mundo púnico, que en realidad, más que resolver la cronología, plantearían nuevos problemas.

### Descripción del recinto y de su muralla

El monte en que se emplaza el «Castillo Viejo», del cual recibe su nombre, es un relieve de perfil abombado, que culmina a los 1.379 m., dominando la abrupta ladera derecha del arroyo Quilamas, afluente del Alagón, así como un dilatado territorio circundante, incluso el estratégico paso del Alagón —entre la Submeseta norte y Extremadura— y el corredor del Sanguisín, por donde penetraba hacia el norte la calzada romana de Mérida a Astorga.

Por debajo de aquella cota —entre 1.357 y los 1.258 m.— un muro, cuyo perímetro total alcanza 2.700 m., cierra una superficie aproximada de 25 hectáreas, dibujando una planta subtriangular con 1.113 m. de eje mayor, orientado de S.E. a N.O. (Fig. 2). El espacio protegido se compone de dos grandes unidades topográficas: la primera, una vaguada amplia al norte de la superficie dominante, la cual junto a otra plataforma, unos quince metros por debajo, forma la segunda. La topografía de la zona se caracteriza por la existencia de fuertes pendientes, que alcanzan el 30% en la vaguada y en todas las laderas del contorno.

En ambos costados la muralla disminuye de cota a partir del vértice sur, primero lentamente, luego con mayor intensidad, adaptándose siempre al relieve natural y buscando la rotura de pendiente de las lade-

ras, con la manifiesta intención de lograr una eficacia defensiva máxima.

El perímetro amurallado incluye al menos tres buenas fuentes en su interior (Fig. 2). La de mayor caudal es la del nor-oeste, hacia la cual baja la muralla salvando desniveles de cincuenta metros.

En los ángulos sur-este y oeste se abren sendas puertas, que distan 900 m. en línea recta, consistentes en una discontinuidad del muro de 3 y 3,5 m., sin que presenten otra estructura especial, como no sea el leve engrosamiento de aquel que parece observarse en la primera de ellas (Figs. 2 y 4). Se trata respectivamente de las llamadas —según Morán— Puerta del Sol y Puerta del Castro, nombres que sólo en el primer caso hemos podido confirmar en el lugar. Próxima a la primera, unos setenta metros al sur, existe otra aparente abertura en el lienzo, difícil de interpretar sin la excavación correspondiente, ya que en principio parece tratarse de una alteración reciente originada al realizar un cortafuego. Otras dos pequeñas interrupciones del muro, muy próximas, se observan en el ángulo septentrional del recinto; quizá se trate de portillos, aunque al igual que en el caso anterior su interpretación es difícil.

La muralla, en cuanto a su trazado, se caracteriza por presentar grandes tramos rectos, que si consideramos junto a su anchura uniforme —en torno a 2,20 m. (Lám. II)—, a tenor de las múltiples medidas que hemos efectuado por todo su recorrido, inclinan a considerar que fue trazada a cordel, ajustándose a buscar el comienzo de la inclinación fuerte de las laderas y a la conveniencia de englobar la fuente baja. Su fábrica es de mampostería concertada. En los tramos mejor conservados se observa el esmero del aparejo, llegando a formar hiladas bastante regulares. Para asentarla se profundizó en el suelo hasta alcanzar el sustrato firme, disponiéndose en primer lugar los bloques mayores, frecuentemente de granito (Lám. III).

Casi toda la materia prima empleada es estrictamente local. Sólo cabe descartar, además de manera rotunda, esta procedencia para una parte del granito utilizado, el que se caracteriza por presentar grandes cristales de feldespatos, de tamaños centimétricos, cuyos afloramientos más cercanos se encuentran a varios kilómetros, en Nava de Francia o San Martín del Castañar. Cabe señalar la presencia de un gran sillar de esta roca, caído junto a la muralla cerca de la fuente oriental, con una hendedura que indudablemente corresponde a una tranca de madera (Lám. IV), procedimiento de cierre visto con frecuencia en edificios medievales.

<sup>4</sup> SPINDLER, K. «Eine Eisenzeitliche Befestigung mit Steinpfosten von Castillo Viejo (Prov. Salamanca). Madrider Mitteilungen, 11. 1970. pp. 110-121.

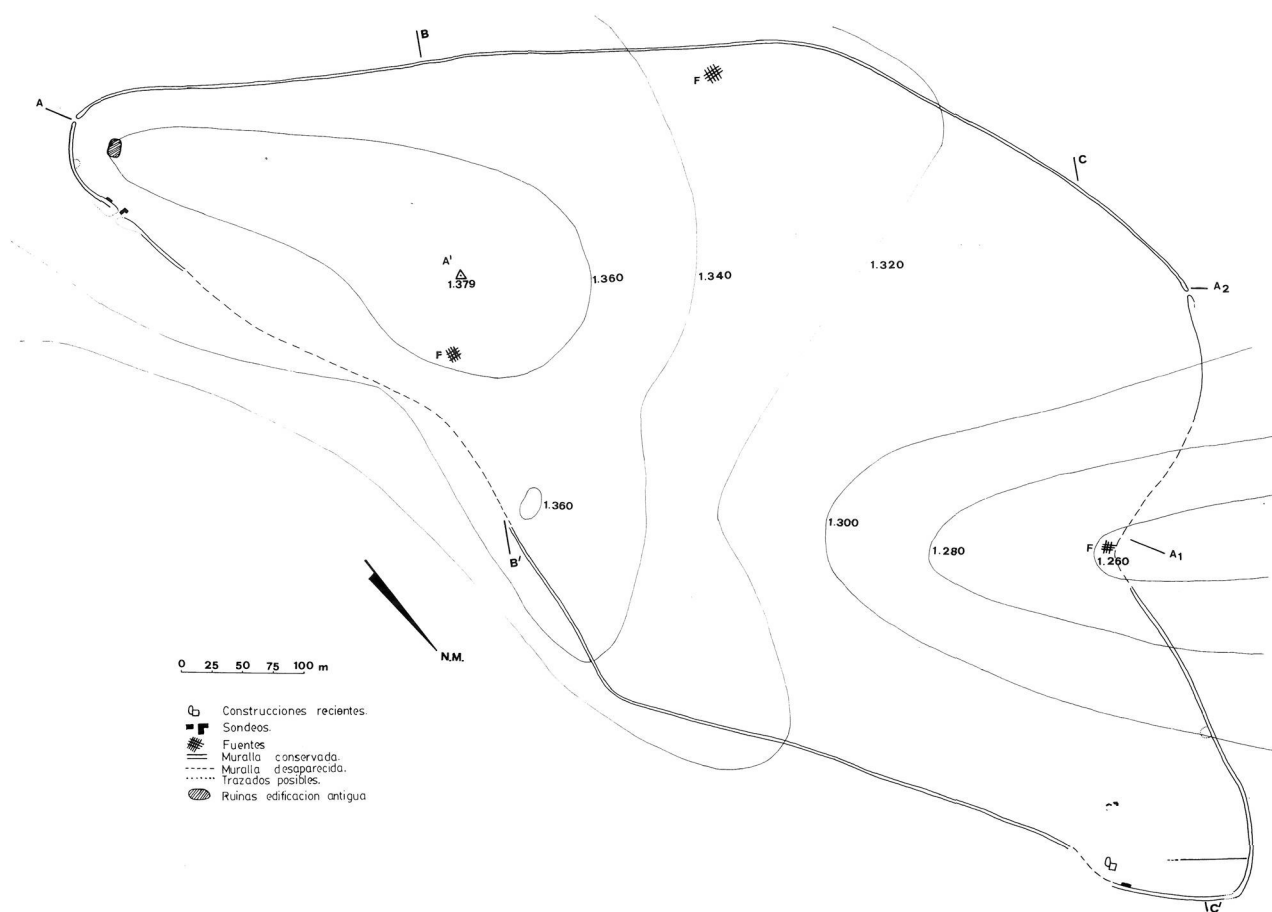


Figura 2. Trazado de la muralla y posición de los puntos más significativos del recinto.

No se han detectado estructuras defensivas claras asociadas al muro. Únicamente, treinta metros al sur de la «Puerta del Sol» y también hacia la mitad del lienzo que baja a la fuente principal desde el extremo más septentrional, se observa la existencia de dos posibles bastiones, si bien interiores en ambos casos, constituidos por un posible muro semicircular adosado al principal, aunque sin llegar a trabarse con él, de siete por cuatro y diez por siete metros respectivamente (Fig. 2), cuya verdadera identidad no puede determinarse sin una excavación adecuada.

Como antes se ha indicado, el empleo de lajas verticales no caracteriza todo el recorrido, sino que se reduce a un corto tramo de muralla. Para comprender mejor su naturaleza creemos que debe tenerse en cuenta la existencia cerca del extremo septentrional (Fig. 2) de otro muro con 54 m. de longitud y 0,7 m. de anchura, que parte del paramento interno de la muralla y se dirige hacia la inflexión que la misma forma

en las proximidades de una casa y corral modernos, contruidos con piedra sacada de la muralla, desmantelada por esa causa en las inmediaciones. Precisamente entre el arranque del muro secundario y el recodo inmediato a la casa moderna se empleó este recurso de clavar lajas —que se prolonga un poco más, en el lienzo que desciende hacia la fuente baja— a intervalos de uno a dos metros y medio, bien en el paramento interno, en el externo, en ambos o sólo en la zona interior, para contener el mampuesto. No parece improbable que este diferenciado sector corresponda a una ampliación de la muralla, motivada por la búsqueda del inicio de la rotura de pendiente, siendo el muro ortogonal aludido resto del primitivo trazado que no resultaba idóneo. En cualquier caso debemos subrayar que el empleo de este sistema de lajas hincadas verticalmente es un recurso común en las construcciones rústicas antiguas y actuales de la comarca, por lo que no parecen excesivamente significativos los lejanos

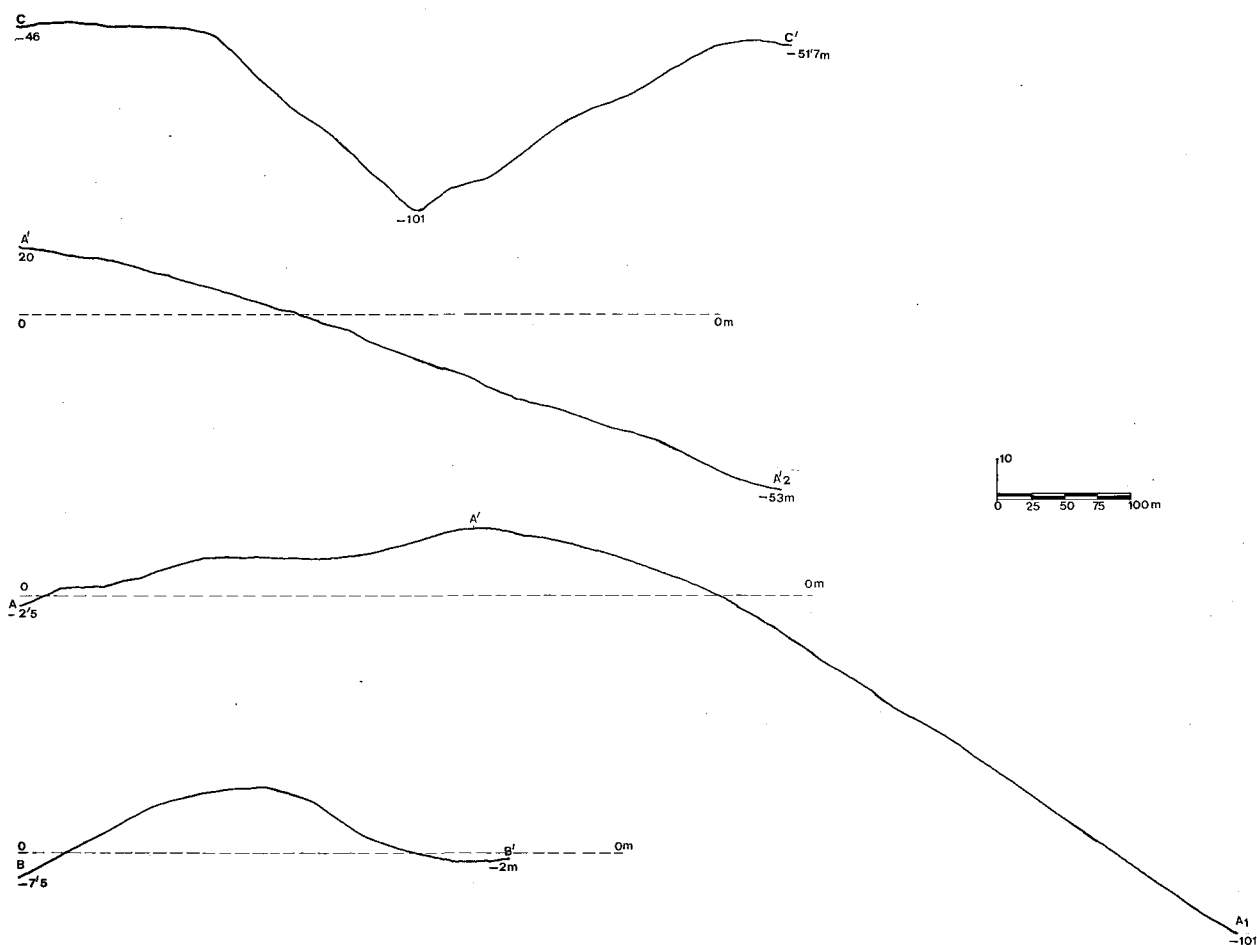


Figura 3. Perfiles del emplazamiento. Ver Fig. 2.

paralelos aducidos por Spindler<sup>5</sup>, además de que como es un procedimiento que se emplea solamente en un reducido sector, sin que se detecte en el resto del perímetro, de ninguna manera puede considerarse como el carácter más representativo de la muralla.

### Otros elementos arqueológicos

A la gran pobreza de restos superficiales observada en toda la extensión del recinto, se une la ausencia casi total de indicios de construcciones. El P. Morán primero y después Spindler<sup>6</sup> se refirieron a la

existencia de acumulaciones de bloques de piedra que podrían corresponder al zócalo de viviendas de planta circular. Las observaciones que hemos efectuado más bien inclinan a suponer que se trata de asientos para chozos de época reciente, en los que se reutilizó piedra procedente de la muralla.

Únicamente en la superficie inmediata a la Puerta del Sol (Fig. 2) se observa una acumulación de escombros en un área de aproximadamente 200 m<sup>2</sup>, que corresponden muy probablemente a una edificación antigua, puesto que una somera limpieza permitió confirmar la presencia de dos muros en ángulo recto, contruidos con bloques en seco y prácticamente sin cimentación. Destaca la abundancia en esta zona de pequeños fragmentos de placas de pizarra, con mucha posibilidad correspondientes a la cubierta del primitivo edificio, pues al parecer no poseía pavimento alguno, al menos en la zona limpiada.

<sup>5</sup> Vid. o.c. n.º 4, p. 118 ss.

<sup>6</sup> Vid. o.c. n.º 1, p. 48; o.c. n.º 4, p. 113.

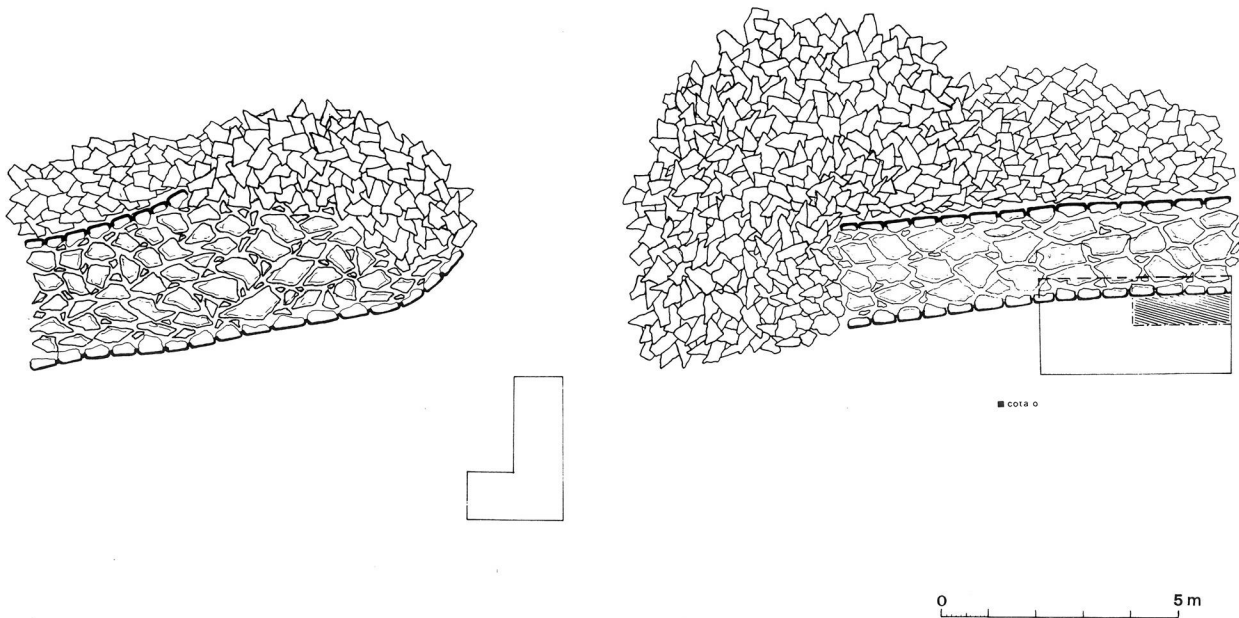


Figura 4. Posición de las catas efectuadas en las inmediaciones de la Puerta del Sol.

Se efectuaron dos sondeos junto al muro (Fig. 2), uno inmediatamente al sur de la Puerta del Sol (Fig. 4) y otro al comienzo del tramo de lajas verticales. En ambos casos se excavaron dos metros cuadrados hasta alcanzar el sustrato firme en que se asentaba la muralla (Lám. II), noventa centímetros por debajo de la superficie actual junto a la Puerta del Sol y cincuenta centímetros en el otro punto. Otros cuatro metros cuadrados se abrieron hacia el centro de la Puerta del Sol (Fig. 4), en una zona en la que superficialmente se observaban fragmentos de teja.

Ninguno de los pequeños sondeos realizados, que permitieron conocer la parte basal de la muralla, proporcionó datos estratigráficos o materiales arqueológicos significativos. Estos se reducen a un clavo de hierro y bastantes fragmentos de teja ligeramente curva con decoración meandriforme y acanalados paralelos a los bordes mayores en la cara superior (Fig. 5). Teja similar se ha señalado en emplazamientos correspondientes al primer momento de la Repoblación en la comarca<sup>7</sup>, aunque fuera de contexto estratigráfico.

A estos escasos elementos cabe añadir la mención que efectuó Morán<sup>8</sup> de una lápida romana trasladada-

antes de 1920, en fecha no precisada, a La Bastida desde El Castillo según sus informadores. Este epígrafe, incompleto y en muy mal estado<sup>9</sup>, está grabado en un bloque granítico prismático de  $72 \times 32 \times 12$  cm. Spindler ya indica que no hay seguridad sobre su origen<sup>10</sup>, poniendo en duda que sea del Castillo Viejo, sugiriendo que hubiera podido trasladarse desde algún otro lugar. Además aún en el caso de que procediera del Castillo, habría que estimar la posibilidad de que hubiera sido previamente trasladado allí precisamente para ser empleado en la muralla, como se hizo con otros sillares de granito allí presentes. En conclusión la estela de La Bastida no es un argumento sólido para probar la ocupación de El Castillo en los primeros siglos de la Era, la cual tampoco está avalada por la presencia de cerámicas ni de otros restos, pues los escasísimos fragmentos cerámicos recogidos corresponden a vasijas comunes, toscas y de pastas muy micáceas, imposibles de fechar, pero que en principio estimamos de época medieval o incluso posterior.

<sup>7</sup> Hemos recogido fragmentos de teja similares en el Castillo de Carpio Bernardo (Salamanca) y en Niharra (Ávila).

<sup>8</sup> MORÁN, C. «Epigrafía salmantina». Salamanca, 1922; Id. «Neue lateinische Inschriften aus Spanien». Academia de las Ciencias. Berlín 1937, p. 9; Vid. o.c. n.º 1, p. 52.

<sup>9</sup> Se sigue conservando en La Bastida en casa de Manuel Becerro.

<sup>10</sup> Vid. o.c. n.º 4, p. 116.

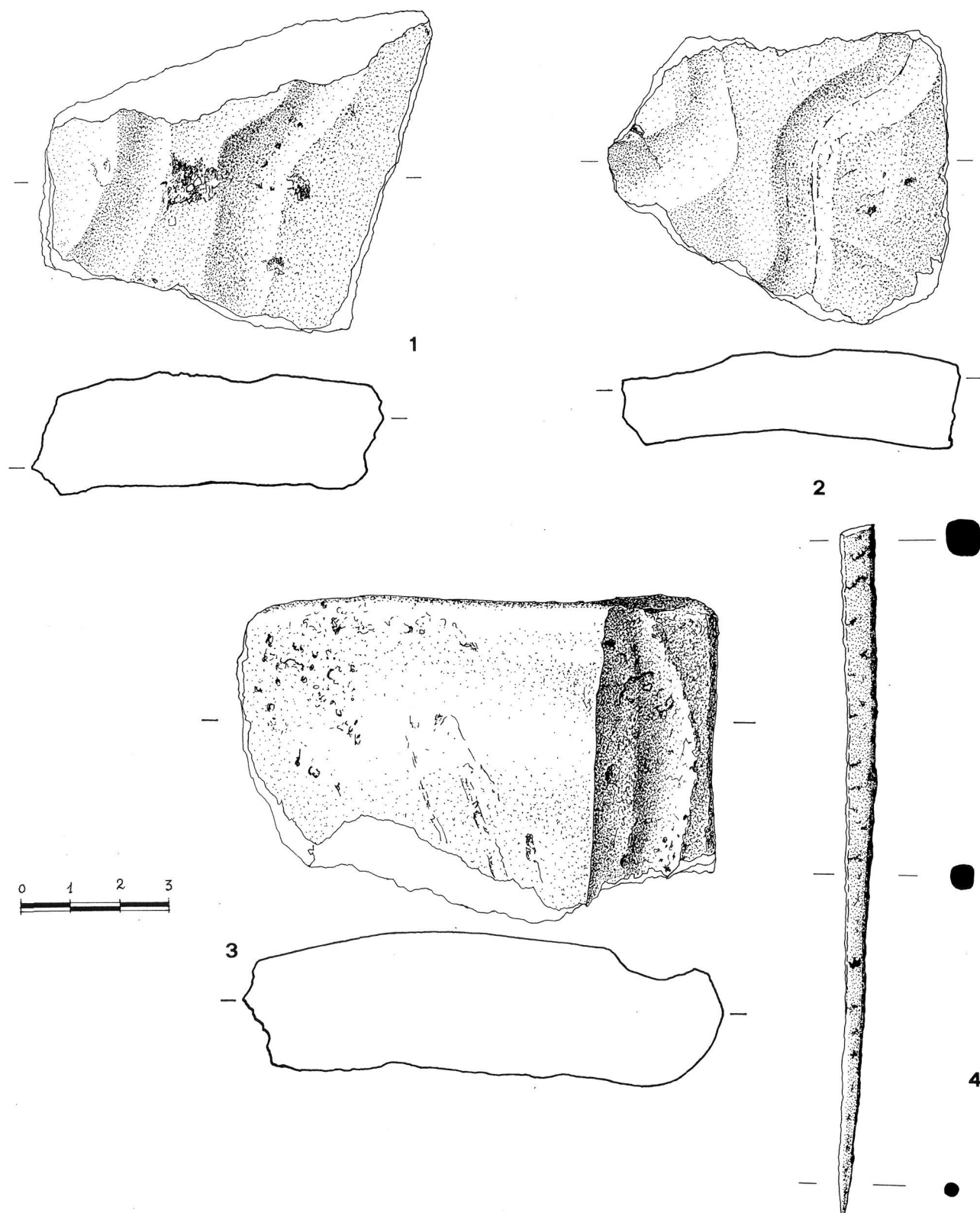


Figura 5. Fragmentos de tejas con decoración meandriforme y clavo de hierro.

## Comparaciones y conclusiones

Los castros de la Edad del Hierro de la Meseta Occidental, zona que nos ocupa y etapa en la que tradicionalmente se ha fechado el *Castillo Viejo* de Valero, presentan unas características bien marcadas como pueden ser el empleo de muros de doble paramento con relleno interno de piedra y tierra de un espesor considerable, en los que las puertas se hacen por doblamiento en codo de la muralla hacia el interior, produciendo un pequeño embudo. Las plantas, de forma pseudocircular, ovaladas o elipsoidales, corresponden a un solo recinto, pero llegan a tener hasta tres. Emplean bastiones, torres, fosos naturales y artificiales y zonas de piedras hincadas para la defensa de los puntos más vulnerables. Así encontramos un grupo de castros prerromanos bien definidos en esta zona en el que podemos incluir los de Yecla de Yeltes, Las Merchanas, Picón de la Mora, Mesa de Miranda, Cogotas, Sanchorreja, Solosancho, Tejera, Vivinera, Hinojosa..., al que desde luego no pertenece Valero cuyas características, recién señaladas, difieren notablemente de las que definen al grupo meseteño de la 2.<sup>a</sup> Edad del Hierro.

Si la estructura de la fortificación suscita grandes dificultades para considerar una cronología protohistórica, la ausencia de restos materiales romanos o anteriores conduce igualmente a descartar su atribución a un momento antiguo, por lo que habrá que considerar posible un edad más reciente.

Por otro lado existen varios factores que deben tenerse también muy presentes al intentar profundizar en el significado de este colosal recinto. La gran extensión cercada, superior a 25 hectáreas carentes de restos materiales, así como la altura a que se sitúa, entre 1.260 y 1.380 m, permiten descartar una habitabilidad continuada, pues en pleno invierno los rigores del clima dificultarían de manera notoria la permanencia en la zona. También deben valorarse de manera significativa la fuerte desigualdad fisiográfica del terreno circundante<sup>11</sup> y el amplio terreno que se divisa desde esta altura, especialmente la panorámica que se percibe de los pasos estratégicos más importantes del oeste de la Cordillera Central.

Si atendemos únicamente al enorme espacio cercado, parece claro que el mismo debió ser planeado

<sup>11</sup> Entre la cumbre del Castillo Viejo y el fondo del valle inmediato del arroyo Quilamas, a poco más de 2 km en línea recta, hay un desnivel de 480 m., es decir, una pendiente media cercana al 25%, similar a la que existe en las demás laderas.

bien para acoger en su interior un nutrido grupo humano, aunque fuese de manera no permanente por las razones expuestas, un elevado número de cabezas de ganado en la estación adecuada, o ambas cosas a la vez de manera ocasional.

La segunda hipótesis, que la fortificación hubiese sido levantada exclusivamente para acoger ganado, aunque por el momento no pueda descartarse, parece poco verosímil. En efecto si con tal finalidad se hubiese realizado el cerramiento en la Baja Edad Media, o en época moderna o contemporánea, parece lógico suponer que algún eco de tal uso podría recogerse en los pueblos vecinos, mientras que la tradición existente en los mismos resulta muy alejada de esta explicación<sup>12</sup>. Carece de sentido suponer que antes del siglo XIII, en plena época de Repoblación<sup>13</sup> o antes, hubiera sido construido sólo para guardar ganado, sin finalidad defensiva alguna.

La primera y más aún la tercera de las hipótesis mencionadas, nos parecen las que mejor encajan con las características del emplazamiento. La sólida y cimentada fábrica del muro, de varios metros de altura originalmente, en el que incluso se emplearon sillares de granito transportados de lejos (Lám. IV), su gran homogeneidad constructiva, excepto el lienzo con las hincadas que puede corresponder a un replanteo del trazado, las escasas puertas y su exposición estratégica, con una de las cuales, la del Sol, se halla relacionado el único edificio importante detectado, son rasgos que incitan a considerar una básica finalidad defensiva al realizar el conjunto. Por si fuera poco, en las cumbres más destacadas de la cadena que culmina en el Pico Cervero (1.463 m), alineada al NO a SE al otro lado del arroyo Quilamas frente al Castillo Viejo, en Las Coronas, Los Ganchos, Los Molinos, Pico Chico, el mismo Cervero y Sierra de los Caballeros, existen restos de cercas más simples y modestas de dimensiones, formadas por bloques en seco y todas bas-

<sup>12</sup> Según una leyenda muy extendida por los pueblos del contorno, a fines del S. VII el joven conde godo Alarico, tras raptar a su amada Quilama de la reclusión impuesta por su padre Teodomiro, gobernador de la Bética, para impedir sus amoríos con el conde, huyó seguido de sus huestes hacia estas tierras, donde buscó un refugio inaccesible entre el Calvitero y el Trampal, obligándoles después la crudeza del invierno a cobijarse en la sierra de Valero.

<sup>13</sup> Entre 1188 y 1230 se repoblaron los primeros núcleos de la zona (Miranda, Herguijuela y Sotoserrano), y a lo largo del S. XIII la mayoría de los que hoy existen. GONZÁLEZ, J. «Repoblación de la Extremadura leonesa». *Hispania* III, 1943, p. 195-272; Id. «Reconquista y repoblación de Castilla, León, Extremadura y Andalucía, siglos XI-XIII» en *La reconquista española y la repoblación del país*. C.S.I.C. 1951, p. 163-206.

tante degradadas —salvo en Los Ganchos, donde se observa aún la planta de una torre cuadrada—, que parecen constituir un sistema de defensas avanzadas del Castillo Viejo. Casi todos estos sitios fueron considerados castros de la Edad del Hierro por Morán en varias publicaciones y más tarde recogidos sin mayores precisiones por MALUQUER (1956, p. 118).

Bajo esta hipótesis, creemos razonable considerar la posibilidad de que el recinto fortificado de Valero pueda corresponder a alguno de los momentos de inestabilidad militar que conoce la región entre los siglos VIII y comienzos del XII.

La sugestiva posibilidad de encontrarnos ante un núcleo de resistencia visigoda a la invasión árabe, carece por ahora de elementos concretos en que sustentarse. La consideración de algunas fuentes árabes condujo a los historiadores del siglo pasado a suponer la existencia de un foco de resistencia visigoda en la Sierra de Francia, que hubiera sido aplastado por Muza después de la toma de Mérida en el 713; pero esta interpretación ha sido desestimada por la crítica histórica reciente, al no considerar fiables los textos de referencia<sup>14</sup>. Si ningún elemento material permite llevar con seguridad a estas fechas la fortificación que nos ocupa, debe atenderse no obstante a la existencia de frecuentes hallazgos de época visigoda en diversos lugares de la Sierra de Francia, que implican una indudable ocupación del territorio al menos hasta el siglo VII.

Posteriormente, entre los siglos VIII y XII, los movimientos de tropas en determinados momentos y la naturaleza de frontera de la zona en otros, proporcionan nuevas claves que podrían explicar la existencia de nuestra fortificación. Estas circunstancias pudieran darse ya en el reinado de Alfonso I, quien poco después del 750 sobrepasaba por occidente el Sistema Central. Posteriormente hay que señalar el establecimiento y fortificación de Coria por Ordoño I hacia el 860 y las expediciones de Alfonso III en las décadas siguientes en apoyo de los muladies rebeldes en Mérida y otras plazas extremeñas, para las que debieron utilizarse frecuentemente los pasos estratégicos inmediatos<sup>15</sup>. Finalmente tras la batalla de Simancas

(939), durante el reinado de Ramiro II, las comarcas próximas al Sistema Central constituyen uno de los ámbitos frecuentes de confrontación entre musulmanes y cristianos, situación que persistió hasta las repoblaciones efectuadas en tiempos de Alfonso VI, desde fines del XII, que suponen el comienzo de la definitiva normalización de la vida en la zona.

Entre los primeros intentos de implantación bajo Ramiro II y la estabilización que se alcanza con Alfonso VI, es posible suponer la presencia de cierto número de pobladores, difícil de evaluar, preferentemente dedicados a la ganadería, dadas las adecuadas condiciones para ello de la región. Algunos autores admiten que en puntos estratégicos se erigieron en estos momentos fortalezas suficientemente amplias como para poder acoger en caso de peligro a los habitantes de un extenso territorio y sus rebaños<sup>16</sup>. Se trata de los recintos con muralla de piedra, sin edificaciones importantes en el interior, conocidos desde la Alta Edad Media en otros territorios<sup>17</sup> y a cuyo modelo se adecuaba bien el «Castillo Viejo» de Valero.

Creemos que los datos expuestos permiten descartar de manera definitiva la atribución del *Castillo Viejo* de Valero a la Edad del Hierro, al igual que a época romana; con mucho más motivo a cualquier etapa prehistórica. Su naturaleza eminentemente defensiva conduce a considerar verosímil que se construyera en un momento por ahora no precisable entre los siglos VIII y XII, aunque la ausencia de restos fechables con alguna seguridad impida por el momento mayores precisiones.

Otros castros del occidente peninsular que han sido atribuidos a la Edad del Hierro, a pesar de la ausencia de materiales arqueológicos o claras estructuras arquitectónicas que lo corroboren, deberían ser revisados bajo esta óptica, pues es posible que también deban asignarse a época histórica.

presenta notables paralelos con la de Valero, nos referimos al «Castro de Villavieja», vid. SAYANS CASTAÑOS, M.: «*Artes y pueblos primitivos de la Alta Extremadura*», Plasencia 1957, págs. 145-154, frecuentemente atribuido también a la Segunda Edad del Hierro.

<sup>16</sup> GAUTIER DALCHÉ, J.: «*Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*», Ed. Siglo XXI, Madrid 1979, cf. pp. 104-105.

<sup>17</sup> DE BOUARD-RIU: «*Manual de Arqueología Medieval*». Barcelona, 1977, p. 124.

<sup>14</sup> VALDEAVELLANO, L.G. «*Historia de España, I: de los orígenes a la Baja Edad Media*». cf. p. 374-75. Rev. de Occidente, Madrid, 1968, 2ª ed.

<sup>15</sup> Precisamente en el valle del Jerte, diez kilómetros al norte de Plasencia, hay que señalar la presencia de otra fortificación que





Lámina I. Lajas hincadas en el paramento externo de la muralla (ángulo septentrional). Ha desaparecido el relleno de bloques.



Lámina II. Tramo recto característico del muro.



Lámina III. Primeras hiladas de la muralla por debajo del suelo actual, junto a la Puerta del Sol. Los primeros bloques, de mayor tamaño, son de granito.



Lámina IV. Sillar de granito no local con hendedura para correr una tranca.